

ofenderle, que le ha desconocido, que ha adorado dioses extraños, y que ha preferido viles criaturas á su Dios verdadero? ¡Y por qué? Por entregarse á placeres frívolos y groseros, quebrantando sus leyes, despreciando su sangre y renunciando á su amistad.

¿A qué viene? A perdonarle, á restituírle los bienes que ha perdido, á sacarle de las sombras y de la region de los muertos en que se habia sepultado, á darle nueva vida, nuevas esperanzas, y ponerle otra vez en el camino que conduce á la mansion celestial. ¿Cómo viene? Un dia vendrá con toda la pompa de su magestad: una nube brillante será el carro que le conduzca: los ángeles, ministros de su voluntad, le acompañarán para ser ejecutores de su invariable justicia: el cielo temblará, la tierra se estremecerá, los muertos llenos de terror saldrán despavoridos de sus sepulcros al son de la espantosa trompeta, y vendrán á escuchar la inexorable sentencia que pronunciará este supremo Juez.

Pero ahora no viene de este modo: viene como Padre, como amigo; viene en el trono de su misericordia á confortar á los que le aman, á consolar á los afligidos, y á sostener á los débiles: viene con las alas del divino amor á satisfacer su inmensa é inagotable beneficencia, á cumplir su palabra de permanecer con los que comen su carne, de aliviar á los que se sienten

fatigados y le piden socorro, de introducirse en su corazón y comunicarles los dones de su espíritu, de hacerse uno con ellos, y ofrecerse con ellos de nuevo á su Eterno Padre para que confirme esta unión y la haga eterna.

¿Quién podrá considerar tanta magestad y tanta dignacion sin sentirse penetrado de amor y respeto? El hombre débil está á vista de su Dios que descende hasta él: un velo sagrado le cubre; pero la fe le dice que aquello que parece pan, es Jesucristo, el mismo que ha criado el mundo, que le conserva y le gobierna; aquel en cuya presencia las columnas del cielo se estreñecen; aquel á quien toda la naturaleza se postra; aquel en fin, en cuya comparacion todo el universo es ménos que la nada. ¿Qué respeto le deben inspirar estas ideas! ¿Pero qué amor, qué consuelo debe sentir cuando piensa que esta grandeza infinita se digna de venir para depositarse con su alma, y unirse con ella con la union mas íntima y estrecha.

¿Cómo no se humillará ante magestad tan alta? ¿Cómo arrepentido de sus errores no volará á los brazos de tan buen Padre? ¿Cómo con las lágrimas en los ojos y el dolor en el pecho, no le dirá como el hijo pródigo: Padre, pequé contra el cielo y contra vos? Si el publicano no se atrevia á acercarse al altar ni á levantar los ojos al cielo, sino que avergonzado, desde un rin-



con se contentaba con herirse el pecho; vos con la misma compuncion, pero con mayor confianza, id al altar, decid tambien: Mirad con piedad á este pobre pecador. Así con el profundo respeto que debeis á Magestad tan alta, uniréis el tierno amor y la confianza que merece por su bondad inefable.

«Sí, señor: confianza y amor; porque este Dios de magestad y justicia que mira al pecado con odio implacable, con cólera inflexible, mira al pecador ya arrepentido con lástima, y le espera misericordioso. Siendo tan puro y santo no puede dejar de aborrecer la iniquidad; pero siendo nuestro Criador y nuestro Padre, nos ama á pesar de nuestra ingratitude; nos llama, nos excita, nos espera; y mientras no llega el plazo que ha señalado á su castigo, mientras duran los días de propiciacion y de esperanza, que son todos los que nos concede de vida, nos aguarda siempre con los brazos abiertos para recibirnos en su seno.

Bien nos ha mostrado este amor, esta compasion, este vivo interes con que mira á los pecadores. Y si no, considerad por qué bajó del cielo á la tierra; por qué se vistió de nuestra desdichada carne; por qué emprendió tan penosos trabajos. Sin duda para convertirlos y ganarlos; y para conseguirlo se dignó comer con ellos, y llegó á decir que su alimento y sus delicias eran

ganarlos para el cielo. Si ayunó, si veló, si repitió tantos y tan laboriosos viajes, si sufrió tantas fatigas, y persecuciones, fué ciertamente por salvarlos. Si empleaba los días en el ministerio de su predicacion, y la noche en pedir á su Padre que los socorriera, era solo por el amor que les tenia. Las entrañas de su misericordia estaban siempre abiertas para recibirlos; y observado en la historia de su santa vida, que jamas rechazó á ninguno de cuantos imploraron su piedad.

Este deseo de salvarlos y de remediar todas sus miserias, era tan vivo en su piadoso corazón, que para rescatarlos y libertarlos de los males eternos, ha consentido en que le crucificasen entre dos malhechores, y ha querido derramar hasta la última gota de su sangre. ¿Quién pudiera discurrir mayor fineza? ¿Quién no dirá que esta es la última prueba de amor? Y con todo, nuestro Salvador tan ingenioso como amante, ha querido extender el suyo mas allá de su vida.

Para no separarse de los hombres, para dejarles despues de su muerte un remedio seguro, instituyó este divino sacramento en que se reproduce de continuo con toda su virtud y eficacia. El hombre une su carne con la suya, y goza de todos los bienes que produce su presencia; y el mismo amor que le obligó á morir por los pecadores, le ha inspirado la institucion de esta sa-



grada Eucaristía. Si por amor vino á la tierra, y se entregó á la bárbara iniquidad de sus enemigos, por amor se comunica á los hombres, y muchas veces á pecadores tan culpados como los que le quitaron la vida.

¿Pero cuántos tesoros, cuántas gracias encierra esta institucion tan digna de su poder y de su sabiduría como de su beneficencia? Si es un testigo íntimo de la funesta muerte que se acarrean los que le profanan, recibéndole sin fe ni caridad, es vida y salud para los que le reciben con humildad y confianza. No pide otra cosa para producir estos efectos admirables, sino la viveza del deseo, y la rectitud de la intencion.

Con esta viva disposicion que traiga el hombre, es este divino pan un bálsamo de vida que le renueva. Por grande que sea su flaqueza, por mas inveterados que sean sus males, por mas complicadas que sean sus enfermedades, todo lo cura, todo lo restablece; es todo para todos. Es el remedio de los justos y de los pecadores; vianda sólida que da robustez á los santos; medicina útil que sana á los enfermos; vida de los vivos, y resurreccion de los muertos; pues como dice S. Agustín, no solo sostiene á los que viven, sino que vuelve á dar la vida á los muertos. Y ved aquí por qué desde que el hombre no se conoce gravado de culpas mortales, desde que las ha procurado lavar con las aguas de la penitencia, pue-

de y debe participar de este inefable misterio.

Es un grande error, y muy perjudicial, alejarse, y tal vez alejar á otros de este divino sacramento, con el pretexto de la propia indignidad, cuando esta no tiene otro fundamento que las humanas fragilidades y flaquezas. Esto es no conocer la naturaleza y calidad de este pan celestial. Sin duda que el hombre no puede disponerse bastantemente; y por mas que se disponga, nunca será digno de recibir tan alto don; pero tampoco debe olvidar que Dios no solo le ha instituido para servir de alimento á los santos, sino de medicina á los enfermos; no solo para consolar y fortificar á los justos, sino para alentar y reparar la salud de los penitentes. Los mas débiles le necesitan mas, y deben privarse ménos que los fuertes. Las almas santas y vigorosas pudieran perseverar sin este auxilio mas largo tiempo que las que por su flaqueza corren mas peligro y no pueden por sí sostenerse.

El mismo Salvador hablaba de estas personas cuando, figurando este misterio, decia: Si las dejo mas tiempo sin comer, se desmayarán, porque algunos han venido de muy léjos; dándonos á entender que así como aquellos que hicieron mas largo viaje para oírle, estaban mas expuestos á desmayarse que los que le hicieron ménos; así en esta vida los mas flacos que tienen mas que andar para llegar á la perfeccion, estan expuestos



á mayores peligros. Y pues este pan celestial nos ha sido dado por el cielo para sostener nuestra flaqueza, no es temeridad, sino santa y prudente precaucion recurrir á la bondad de un remedio que se nos concede con tanta liberalidad.

El Venerable Padre Granada dice, que una de las mayores faltas que cometen los hombres, y de que se les tomará cuenta rigurosa en el último dia, será la que hacen contra la sangre de Jesucristo, no queriendo aprovecharse de los admirables remedios que por ella tienen los fieles, y sobre todo en la Eucaristía, y hace sobre esto una comparacion que me parece excelente. Si un rey, dice, hubiera fabricado á mucha costa un hospital magnífico para recibir en él toda clase de enfermos, si le hubiera proveido de cuanto es necesario para aliviar todos sus males, y si despues de haber acabado esta obra tan útil como suntuosa, empleando crecidos gastos y muchos afanes, no se presentara ninguno para ser curado, este rey estaria enojado, y descontento de haber trabajado tanto por gentes tan indignas de atencion, que ni siquiera tienen cuidado de su propia salud.

No es pues dudoso que el Rey del cielo concebirá la misma indignacion, si ve que despues de habernos proporcionado un remedio que le cuesta tan caro, como es su propia sangre, nosotros no le apreciamos bastante para querer apro-

vecharnos; ántes por el contrario, hacemos cuanto está de nuestra parte para que sus designios sean inútiles, y sus trabajos infructuosos. Este desprecio, esta negligencia es un pecado horrible, y semejante al que nuestro Señor explica en la parábola del festin, cuando los convidados se excusaron de venir á su convite (1). Es muy de temer que se extienda á ellos aquella espantosa sentencia: En verdad os digo, que ninguno de estos hombres que he convidado, tendrá jamas parte en este festin.

En efecto, señor, ¿quién puede tener razon legítima para excusarse y no aprovecharse de don tan solemne? El que ha sido muy grande pecador debe saber, que desde que se determina á entrar en los caminos de Dios y se arrepiente con sinceridad de su vida pasada, ya deja de serlo; pues como dice muy bien San Gerónimo, los delitos pasados desde que nos afligen y dejamos de amarlos, ya no nos condenan con propiedad. La causa de nuestra perdicion no es haber cometido pecados, sino no arrepentirnos, no llorarlos, no expiarlos. No hay culpa irreparable, no hay delito irremisible; el que se vea mas caido en tierra, el que esté mas abrumado de delitos, no necesita de otra cosa que de arrepentirse, y solo con que se aflija y tienda la mano, puede estar seguro de que Jesucristo le levantará.

(1) Luc. xiv. 13. 16.



Sin duda que no es digno de acercarse á este tan sublime misterio; pero ¿qué mortal lo es ni podrá nunca serlo? En hora buena que conozca su indignidad; pero reconozca tambien y admire la afabilidad y dulzura de su Dios, que ha instituido este divino Sacramento para comunicarse por él hasta con los imperfectos y débiles. Su bondad es tanta, que no pide necesariamente largos méritos ni grandes virtudes, y se contenta con la pureza, y con buenas intenciones y deseos. Su gracia es tan eficaz, que ella perfecciona y da al hombre lo que le falta, de modo que el débil se halla robusto, y lo que empezó por humildad llega á ser confianza. Así léjos de ofenderle el que le busca conociendo su indignidad, le ofendiera si con este pretexto dejara de aprovecharse del único remedio que se la puede quitar. Y ved aquí los motivos que deben excitar en su corazon los deseos y el valor de acercarse á tan inefable Sacramento.

Seria, señor, una gran tentacion, aunque cubierta con la máscara de respeto y de religion, no atreverse á participar de este pan celestial hasta sentirse digno de recibirle; porque entonces no se recibiria nunca. Nuestra vida entera no pudiera ser una preparacion suficiente para ponernos en estado de merecer el mas alto de los favores divinos en la tierra. Nadie puede llegar á tanta perfeccion; pero Dios que conoce

nuestra miseria y el barro de que nos hizo, no exige tanto, y solo pide que hagamos seriamente lo que depende de nosotros para disponernos con su ayuda á tan grande y terrible misterio.

En estos dias, pues, en que nos vemos ya tan cerca del altar, nuestro ardor y nuestra vigilancia deben aumentarse. Debemos tener los ojos mas abiertos sobre nosotros mismos, debemos considerar con más atención todas nuestras acciones y palabras, con gran cuidado de no hacer ni pensar nada que pueda ser ménos conforme á la santidad de Dios que vamos á recibir. Toda conversacion inútil, todo discurso alegre y divertido, aunque indiferente en sí mismo, no serian una disposicion conveniente. El alma no debe estar llena sino de su objeto; la lengua debe estar contenida, la boca inocente y pura; ¿y cómo permitirá que se le escape una palabra vana ó peligrosa, cuando sabe que es la puerta por la que la hostia de propiciacion entrará en su pecho?

Si la boca debe estar tan limpia, ¿cuánto mas lo debe estar el corazon? No hablo de los pensamientos malos é impuros, entre los que ciertamente no pudiera subsistir Jesucristo; entiendo aun de todas las ideas vanas, ó de las imaginaciones inquietas que es menester tambien desterrar del ánimo. No debe haber en él nada, no digo que pueda ofender á nuestro Dios, sino que nos pueda distraer un instante de su amor y de la



contemplacion de su fineza. David dice, que el Señor debe habitar en un lugar de paz; así deben alejarse todos los pensamientos que pueden disipar el espíritu ó turbarle. El lecho que le prepara la Esposa de los Cantares está lleno de flores, y no conviene introducir espinas de pensamientos inquietos ó ideas vanas. Y si la necesidad obliga á tratar de asuntos humanos, que sea con tanta reserva y moderacion, que el corazon no se turbe, ni se alejen del alma el reposo y la paz.

Es menester pues emplear todo el tiempo que nos queda hasta el domingo en ejercicios espirituales; es menester que le ocupemos en levantar nuestro corazon á Dios, en meditar su grandeza, nuestra bajeza, y la inefable dignacion con que viene á establecerse en un corazon vil que no lo merece. Estos serán los olores agradables con que debemos perfumar la habitacion que se prepara á recibir el huésped celestial, y que cuando llege el divino Esposo salgamos á su encuentro con el casto pudor del respeto y las ardientes llamas del amor.

Que vuestra fervorosa oracion se eleve hasta el inescrutable solio de la adorable y augusta Trinidad, dirigiéndoos cada dia de los que faltan á una de las personas divinas, para que os den la gracia y pureza que merece tan sagrada accion. Recurrid particularmente á la muy santa Madre

de Jesus, á esta Virgen purísima que tan dignamente llevó en su seno nueve meses á este Salvador, á quien dió el ser humano, y que va á depositarse en vuestro corazon, suplicándola que por aquel encendido amor, por aquella fervorosa devocion con que le concibió en sus entrañas, y con que le recibió entre sus brazos, os alcance la gracia de recibirle con amor en vuestro pecho.

Procurad representaros la ternura y el ardor con que comulgaba esta Soberana Reyna, cuando despues de la Ascencion á la gloria recibia el cuerpo de su Hijo adorado; la fe viva, las lágrimas de amor, y los consuelos inefables que experimentaba su puro corazon cuando recibia en él, bajo las especies sacramentales, la carne formada de su propia carne, miéntras le llegaba el tiempo de gozarle en toda su hermosura. ¡Ah! si pudiéramos concebir algo de la fe y del amor de esta, la mas perfecta de sus obras, la mas amante y la mas amada de sus criaturas, nuestro tibio corazon se encenderia en el ardiente volcan del suyo, y la menor de sus centellas bastaria para abrasarnos en su santo fuego.

Pero pues es Madre de misericordia y Madre de pecadores, pedidla que os asista en una ocasion tan importante, en que vuestra alma pobre y desvalida va á desposarse de nuevo con su Hijo, que es Esposo tierno y misericordioso de las



almas. Vos debéis consideraros en aquel estado en que estaria una muger infeliz, que ciega ó insensata hubiera tenido la desgracia de ofender con loco desacato al mas digno y mas amante de los esposos; pero este, á pesar de sus infamias, con noble corazon la vuelve á dar lugar en su casa y su lecho. ¿Cuál debiera ser su confusion, si la quedaba algun pudor, cuando por un lado considerase sus desórdenes, y por otro la bondad que á pesar de sus excesos, léjos de arrojarla como merecia, se dignará de recibirla? ¿Pero qué diferencia de un esposo mortal al celestial Esposo! ¿Quién puede comprender esta desproporcion infinita? El Rey de los reyes, el Señor de los señeres, á quien habeis ultrajado de tantos modos y tantas veces, despues que os habeis prostituido á su enemigo, y preferido á su amor el de las viles criaturas, os perdona, se reconcilia con vos, y os recibe de nuevo en su casa, en su mesa y entre sus brazos; os declara otra vez su esposa querida, y solemniza con una fiesta la renovacion de vuestro desposorio.

Invocad pues á su piadosa Madre, para que os sirva de madrina en tan augusta solemnidad. Ella es rica, y puede daros con su intercesion una magnífica vestidura con que os presenteis dignamente á tan excelso talamo. Es la Madre del amor hermoso, del temor filial, del conocimiento, y de la santa esperanza. Ved aquí las pre-

seas con que puede adornaros, y que son las mas propias para este dia feliz. Pedid á su esposo José, que fué tambien el padre putativo de vuestro amante Esposo, y á quien la divina Providencia encargó el cuidado de la Madre y del Hijo, que os sirva de padrino. Invocad á vuestro ángel de guarda, á quien Dios ha concedido el cuidado de vuestra vida, y pedidle que os ayude en el acto mas importante de ella; á los santos de vuestro nombre, que son los protectores naturales que Dios os ha destinado para vuestra custodia; ocurrid á los de vuestra devocion para que os asistan en el lance de tanto interes, y que sean los amigos de la esposa.

Llamad á todos los bienaventurados que le gozan, á todos los ángeles que le sirven, y que le acompañarán reverentes cuando se digne descender á vuestro pecho. Pedidles que os enseñen á respetarle como ellos le respetan, y á encenderos en amor como ellos se abrasan; y estad seguro que si los llamais con sincero fervor, todos vendrán á asistiros, y á ofrecer al Señor vuestros deseos. Estos felices inmortales, arrebatados en el amor de este Dios de que gozan, estan tambien penetrados del mismo espíritu, y no emplean su existencia bienaventurada sino en alabar incesantemente á su divino Bienhechor, y en pedirle misericordia para los mortales que imploran su auxilio y se convierten de corazon.



¿Cuál debe pues ser vuestra confianza, cuando considereis que os vais á presentar á un Dios de bondad, que se digna de venir á vos, y que vais acompañado de tan excelsos padrinos, de tan altos protectores, de tan buenos amigos, y que todos interceden para que el Espíritu Santo os aplique con esta carne divina y vivificante que vais á recibir, todos los méritos de Jesucristo y todos los frutos de su redencion!

Considerad tambien que ya estais en el seno de la Iglesia, y que esta Madre piadosa, aunque dividida en sus miembros y derramada por toda la tierra, está siempre unida de intencion; que esta es la familia santa, compuesta principalmente de los escogidos y de los amados de Dios que le adoran en espíritu y en verdad, aunque entre sombras, esperando el dia de la luz; que ahora mismo está con gemidos amorosos pidiendo por vos, cuando ruega por la conversion de los pecadores y por la perseverancia de los justos. ¿Cuántos motivos pues para animar nuestra desconfianza, por mas vil y abominable que haya sido nuestra conducta!

Apartad pues desde ahora, apartad de vos toda idea de terror, todo pensamiento de vuestra indignidad, ó si pensais en ella, sea solo para despertar mas vuestra gratitud y admirar la misericordia del Señor. Que vuestra alma vuele hasta su altura con las alas del amor y de la confian-

za; que vuestro corazon se enlace desde ahora para siempre con la cruz de nuestro Salvador; que vuestro entendimiento no se ocupe sino en la memoria de su pasion y de su divino sacrificio, considerando el infinito amor con que se abandonó por vos á tan inauditos tormentos como sufrió, para libertaros de las penas que vuestros delitos merecian, y en fin, esta inmensa caridad, con que á pesar de vuestros extravíos, viene á unirse con vuestra alma en la mas dulce y amorosa union. Jesucristo ha instituido este Sacramento en memoria de su muerte, y esta es la idea mas digna, el pensamiento mas tierno, en que puede ocuparse el que va á recibirle, si quiere ser fiel á su santa voluntad.

Atento pues desde ahora á este único objeto, escuchad, y no escuchéis otra cosa que esta voz del Evangelio que Dios os comunica por mis labios: Ved aquí el Esposo que viene; salidle al encuentro. Y que esta diligencia repetida á cada instante á vuestro oido, despierte y produzca en vuestro corazon todos los sentimientos de ternura y amor que se le deben. Si señor; no lo dudeis, es vuestro Esposo, y el Esposo mas amante el que va á venir. No hay sacramento en que nuestro Señor se muestre tan claramente nuestro Esposo como en el de la Eucaristía, porque su efecto es unirse íntimamente con el que le recibe, hacer una misma cosa de los dos, y pro-



ducir verdaderamente una alianza espiritual.

Para salir como es menester á recibirle, considerad como él mismo viene: viene lleno de amor, de bondad, de dulzura, de misericordia. El mismo nos dijo cuando instituyó este Sacramento, que habia deseado con ardor celebrar con nosotros esta Pascua, esta Pascua en que se come el verdadero Cordero. El mismo es el Cordero. Esta Pascua en que para darse á vos, se prepara al sacrificio mas terrible. Si él deseaba por venir á nosotros, padecer tanto mal, ¿cuánto debemos desear que venga á nuestras almas nuestro Salvador, que es el manantial de todo bien? ¿y con qué respeto, devocion y alegría le debemos esperar?

Así le recibió el anciano Simeon cuando le tomó de los brazos de su Madre, y cuando protestó que no habia deseado la vida sino para ver á su Salvador; así le esperaban los antiguos patriarcas, suspirando por el dichoso dia en que se cumplirian las divinas promesas; así le recibió la Madre del Bautista cuando vió en su casa á la Madre de su Señor, y la dijo: ¿De dónde me viene tanta dicha, que la Madre de mi Señor entre en mi casa? Si así pensaban tan altos personajes, ¿qué harémos nosotros, indignos y pobres pecadores, cuando vemos que el Dios del Universo y toda la gloria de los cielos descende hasta nosotros? ¿Con qué ardor y sinceridad debe de-

cir nuestro corazon: O Padre, ó buen Pastor, mi Dios y mi Señor, no te has contentado con criarme á tu imágen, y haberme rescatado con el precio de tu sangre, sino que por un prodigio incomprendible de amor te dignas de venir hasta mí para habitar en mi alma, para transformarme en vos para uniros conmigo con lazos de amor, con vínculos de eterna caridad?

¿De dónde me viene tanto bien? No es por mis méritos, pues no he hecho mas que ofenderle; no por honraros, pues soy un pobre que huiciste de barro, y tú eres mi Dios: es por tu bondad, que es tanta, que tú desear mas venir á mí, que yo que soy el que lo debiera desear, porque soy miserable, porque necesito de vuestro socorro, y porque sin vos no puedo nada. Vos me amais por pura misericordia, y yo debiera buscaros para tener en vos al que puede dárme todo; pero vuestro amor excede tanto aun á mi propio interes, que vos venis á dárme todo, aunque yo no lo desée ni lo busque tanto como debiera. Vos habeis dicho, que vuestras mas dulces delicias eran vivir con los hijos de los hombres. ¿Qué bondad! No es tan natural al sol alumbrar ni al fuego encender, como á tí el amarnos y hacernos bien.

Ved aquí las únicas ideas y pensamientos saludables que deben ocuparos hasta el feliz momento que os prepara el cielo. Vuestro corazon de-



be inundarse en un mar de alegría, y bogar con los veloces remos de la dulce esperanza; pero como la santidad de este Esposo, como su grandeza y dignidad es tan alta, y por otra parte él gusta de ver en el amor de sus esposas un casto pudor, es menester que vuestra devocion y alegría vayan acompañadas de una profunda reverencia, considerando por un lado la magestad del que viene, y por otro la bajeza del que aguarda. Estos sentimientos reunidos os podrán hacer cumplir con el consejo de David que os dice: Sirve al Señor con temor, y alégrate en su presencia con temblor.

Acordaos de las terribles amenazas que publicó Moises por orden de Dios al pueblo en el momento de promulgar su ley: tened presente como mandó que nadie se atreviera á acercarse al monte en que hablaba, ni hombre ni bruto ni rebaño, so pena de ser apedreados. Reflexionad que aunque permitió á Aaron, que él mismo habia nombrado soberano sacrificador, que subiese al monte, le mandó no obstante que adorase desde léjos, sin que otro que Moises tuviese el privilegio de acercarse; y discurrid que si tanto respeto era necesario cuando Dios publicaba su ley por medio de un ministro, ¿cuál debemos tener cuando el mismo Señor viene en persona? Escondeos pues en vuestra propia bajeza, humillaos hasta el polvo de la tierra cuando veis que

el Señor de tanta magestad descende para unirse con vuestra alma.

Con esto me dejó el padre, y se fué. Me sería imposible, Teodoro, referirte por menor todo lo que me dijo en los dias que siguieron hasta aquel dichoso domingo, porque ya no fueron discursos seguidos como los precedentes; eran tierros afectos y movinientos de su corazon: no tenían mas que un objeto que era el de mi próxima no merecida felicidad; pero tan varios, y presentados con aspectos tan diferentes, que es imposible que yo los pueda recordar; tanto mas, cuanto aquellos dias pasaba mas tiempo conmigo, y me ocupaba tanto, que no me dejaba tiempo para trasladarlos al papel, como habia hecho hasta entónces.

Tampoco hubiera sido posible referir lo que ya no eran raiocinios del espíritu, sino desahogos tiernos de un corazon inflamado; y no hay en el mundo quien sea capaz de individualizar todo lo que en aquellos dias me dijo aquel ángel del cielo. Era un rio impetuoso de sentimientos y afectos encendidos: era un volcan ardiente de que salian continuamente erupciones inflamadas. Se veia que su corazon era una hoguera, que ardia en el amor divino, y que las llamas le salian por boca y ojos. ¡Pero qué vigor en sus discursos! ¡qué viveza en sus imágenes! ¡qué coloridos en sus locuciones! ¡qué sensibilidad en sus palabras! Su



espíritu me parecía superior al de un hombre, y que poseía ya los dotes de las inteligencias celestes: todo esto acompañado de un celo, de una caridad, de una compuncion, que me enternecian al mismo tiempo que me admiraban.

Hubiera sido menester que yo fuera un monstruo, una piedra insensible, para no sentirme conmovido con tan fuertes impulsos. Pero no: Dios me hacia la gracia de sentir sus efectos. Su fuego me abrasaba, sus lágrimas excitaban las mías, su dignidad me imponia respeto, sus afectos me penetraban, y bendecia á Dios por haberme dado un director tan digno de aquel sublime ministerio.

Así pasamos todos aquellos dias en una repetición incesante y siempre variada de afectos, exclamaciones y jaculatorias; y al despedirse de mí la noche del sábado me dijo: Id, señor, á acostaros entre los brazos del Dios que os espera. Ya entre su bondad y vuestro corazon no hay mas distancia que el intervalo de esta noche. Reposad con la dulce expectativa de que la aurora vendrá para alumbrar vuestra felicidad. Si alguna vez despertais, vuestra primera idea sea decir: Es verdad que yo voy á recibir á mi Dios? Antes de entregaros al sueño llamad á vuestros padrinos y patronos, y haced lo que la Esposa de los Cantares, que mientras ella dormia, su corazon velaba.

Mañana te contaré lo que me pasó en aquel grande día. A Dios por hoy, Teodoro mio.

## CARTA XXIX.

### EL FILOSOFO A TEODORO.

**L**LEGÓ por fin, Teodoro, este dia tan deseado: este dia destinado por el cielo para completar mi felicidad. Yo pasé la noche en una dulce tranquilidad, con la idea de que presto se cumpliria tan amable esperanza, y habia procurado practicar cuantos consejos é instrucciones me habia dado mi digno conductor. Este vino mas temprano que lo que acostumbraba. Le ví entrar en mi aposento con un aire modesto y recogido; pero me pareció que traia un aspecto mas dulce y sereno. Sus ojos brillaban con una alegría visible, y parecia queria decirme: Ve aquí el momento de vuestra dicha, y el término de nuestras penas. Yo me preparaba á seguirle, pero él sentándose y haciéndome sentar, me dijo: Deseo aun hablaros antes de que os acerqueis al altar.

Nosotros somos dos pobres mortales, dos miserables pecadores, y con todo estamos convida-